

vida. Barth y después de él Mowers han atenuado, sin embargo, esta consecuencia hablando de influencias romanas ó fenicias, es decir norte-africanas, fundados en la seguridad con que están trazadas estas esculturas tan difíciles de practicar en las rocas; es más, Mowers entiende que la escultura que hemos citado primero es una escena de la mitología garamántica que representa la lucha entre el Apolo garamántico y Hermes motivada por las pretensiones de cada uno sobre una víctima. Por nuestra parte, recordaremos la leyenda bosquimana de los hombres antilopes de que nos hemos ocupado en la pág. 96 del tomo I.

Los rebaños de renghiferos, bueyes y caballos crecen rápidamente pero con igual rapidez disminuyen cuando sufren hambre ó están atacados por una peste: esto puede explicar las alternativas que nos ofrece la historia de los pueblos pastores nómadas y por qué esta forma de la civilización pudo crecer y extenderse tan de prisa y de un modo tan violento. América no supo, en la época preeuropea, qué cosa fuesen pueblos pastores: el rápido aumento de los caballos salvajes impulsó á los hombres á dominarlos. Ya á principios del pasado siglo se describen las llanuras del Plata como hormigueros de caballos: el que quería aumentar su rebaño no tenía más que enviar allí algunos jinetes que en poco tiempo juntaban un par de miles de esos animales. En la época en que escribió Dobrizhoffer había granjas que contaban 50.000 caballos: este autor vió vender un rebaño de 2.000 por un pedazo de tela de algodón que podía llevarse en la silla de la montura. En la América del Norte se ha extendido también con rapidez suma el uso del caballo: á principios de este siglo de todas las tribus del río Plata sólo los pawnees tenían caballos y en 1830 ya éstos eran cosa corriente entre los kansas y los utes.

La carne y la leche constituyen la parte más esencial de la alimentación de los pastores; vienen después, en Africa y en el Oeste de Asia, los dátiles que tanto abundan en algunos de sus oasis pero que no siempre caen en sus manos sino en las de sus rapaces vecinos; en el interior del Asia comen también el poco mijo y la poca cebada que sus pequeños campos producen y los tibbús consumen los huesos amargos de las coloquintidas que se asan después de haber permanecido doce horas en agua para quitarles el amargor. Además, aunque ignorantes del arte de amasar pan, utilizan como alimento el poco grano que allí prospera. Los tibbús son muy aficionados al pescado, cosa en extremo rara tratándose de un pueblo del desierto. Ya Edrisi citó los pescados como uno de los alimentos de los zog hawas, y por Barth sabemos que los habitantes del país Tibbú nada aprecian tanto en el mundo como los pescados secos, los hediondos *bunis*, hasta el punto de que poseyendo todos los tesoros imaginables se figuran que se morirán de hambre si carecen de este artículo. Wadai obtiene sus principales ingresos de la exportación de pescados secos del lago Fiddri á los territorios tibbús. Este alimento no lo poseen, sin embargo, todas las tribus tibbús, siendo las más privadas de él las que habitan en la montaña Tibesti, que son las más puras y típicas de todas. En esta y en otras tribus sumidas en la miseria la cuestión de alimentación adquiere tal importancia que sin apreciarla previamente es imposible conocer el lado espiritual y sentimental de las mismas. Pocos pueblos hay que del hambre y de la sed hayan hecho en tan alto grado como éstos un arte, casi podríamos decir una ciencia. «Sucede á menudo — dice Richardson — que los tibbús pasan veinte días entregados á sus correrías de saqueo sin encontrar nada que comer; si la casualidad les depara entonces la osamenta de algún camello reducen á polvo los huesos y abriendo una

sangría á sus camellos junto al ojo amasan con la sangre y con aquel polvo una torta que devoran con fruición. Cada tibbú ha de ayunar tres días antes de pensar en comer y si al cuarto no consigue su objeto, coge la sandalia con que calza su pie izquierdo y la cuece á fuego lento ó la hace hervir preparando con ella una especie de sopa. Si al quinto día no llega á una aldea hace lo propio con la sandalia del pie derecho y si en los días siguientes no consigue ver un poblado recoge huesos de camellos y sangrando al suyo se proporciona el alimento á que antes hemos hecho referencia. El tibbú lleva siempre un cinturón con siete huesos y cuando viaja de prisa plega cada día un rizo, como dirían los marinos, no considerándose hambriento y desdichado hasta que pasados los siete días no encuentra nada que llevar á su estómago.» Ciertamente que no todos los datos de esta descripción han de ser tomados al pie de la letra, pero hay que consignar que otros muchos viajeros confirman la resistencia de los tibbús: lo propio se nos dice de los tuaregs. Nachtigal pudo conocer prácticamente el hambre y las privaciones sacando de ellas enseñanzas que bien caras le costaron: durante su huida de Bardai, llegó un momento en que él y sus compañeros vieron agotados todos sus víveres «teniendo cada cual que ingeniarle en aprovechar los conocimientos que en punto á utilización aun de las cosas más inspidas había adquirido en Tibesti. Los huesos fueron paulatinamente pulverizados, los tendones machacados y por la mañana almorzábamos algunos dátiles y por la noche cenábamos tortas de harina: entre comida y comida bebíamos, dormíamos y permanecíamos en un reposo absoluto, pues todo paso innecesario, toda palabra superflua nos parecía un imperdonable consumo de fuerzas.» En esta expedición imitaron también los viajeros otra costumbre de los tibbús, la de taparse bien, á pesar del calor sofocante, la boca y la nariz para evitar que secándose las membranas aumentara la sed.

El hambre y la disminución de la cifra de población que de ella es consecuencia son cosas por desgracia harto frecuentes. El principal impulso de todo este continuo movimiento no es en el fondo más que la insuficiencia de alimentos bien sea permanente ó temporal, bien general ó local. Los hombres, no menos que las plantas, están condenados á llevar una existencia miserable en el desierto por más que éste no haya marcado su estructura corporal con el sello que en los vegetales ha impreso. En el Sahara encontramos confundidos fragmentos de pueblos de media Africa procedentes de las costas mediterráneas, del Sud, del valle del Nilo, de Arabia, de los territorios del Níger y de Arabia, ostentando cada uno el sello indígena, los caracteres de su raza. También parece que el desierto con sus parajes habitables tan lejanos los unos de los otros y no siempre de fácil acceso es favorable á la unión de las más diferentes fracciones de pueblos por lo mismo que carece de una masa principal formada por un pueblo densamente difundido que hubiese podido imprimir su sello á todo aquel conjunto. Pero aun cuando el individuo se mantiene á flote en este mar sorprendiéndonos con la audacia con que se aventura en él, hay que confesar que los emigrados ó emigrantes constituyen más que los sedentarios una prueba del poder que tiene el hombre para dominar á la naturaleza por cuanto animan el desierto, una de las formas naturales más destinadas á la aridez y á la monotonía, mucho mejor que la naturaleza con todos los demás productos de su fuerza creadora. Todas las descripciones están conformes en que los indígenas no pueden sustraerse á la maldición de la naturaleza del desierto: condenados, como todas las demás criaturas que en él viven, á una

existencia miserable, ven alzarse estrechas barreras no sólo á su bienestar sino también á su alimentación; todo depende allí de la humedad tan parca y doblemente necesaria. El labrador del Sahara está fuertemente encadenado al caudal fijo de agua que le proporciona su manantial, su charco: la lluvia no es para él fuente inmediata de bendiciones puesto que, al igual que el rocío, preséntase de un modo harto irregular para que pueda contarse con ella, siendo una y otro poco propicios al hombre. La lluvia destruiría las chozas de barro y los diques de riego, perjudicaría el cultivo de los dátiles y disolviendo las sales del suelo llevarías concentradas á las raíces. Aunque á primera vista parece absurda, á poco que se piense se explica perfectamente la afirmación que los habitantes del desierto hicieron á Nachtigal cuando le dijeron que el agua de lluvia era agua muerta y la de pozo viva y sumamente beneficiosa. La población está, pues, siempre pendiente del escaso caudal de agua que puede extraerse de las entrañas de la tierra; y que no es inextinguible sino que depende de lo que á él llevan las lluvias y los torrentes de la montaña y sobre todo del mayor ó menor cuidado que los hombres le prodigan. La ruina, la destrucción de un pozo puede privar á toda población de la posibilidad de vivir en determinado territorio. La cadena que sujeta á toda la humanidad á la naturaleza, en ninguna parte es tan corta y tan pesada como en el desierto. Prschewalskiy contó en el territorio de Lobnor 70 familias con un total de 300 almas distribuidas en once aldeas; esta población que algunas décadas antes se componía de 550 familias, había sido diezmada en 1850 por una epidemia variolosa cuyas huellas llevaban impresas casi todos los que á ella habían sobrevivido. Y aun dentro de aquel reducido número de familias la fecundidad es escasa á consecuencia de las desfavorables condiciones de vida que las rodean: raras son las familias que tienen cinco ó seis hijos; lo más común es que tengan sólo dos ó tres, y á menudo no tienen ninguno. Aquella gran mortandad tuvo, sin embargo, la ventaja de que movió á un determinado número de los que sobrevivieron á cambiar de género de vida no limitándose á criar rebaños de ovejas y de otras reses, sino empezando desde entonces á sembrar cereales y á vivir de sus cosechas: esto se debió no sólo á que el país había quedado libre, sino también al ejemplo de una colonia agrícola inmigrante que poco después se estableció en Tscharchalyk. Las hordas de hijos y nietos de los patriarcas bíblicos rara vez se encontraron en condiciones más favorables, antes por el contrario las limitaciones artificiales de la cifra de población figuran en el número de elementos de una primitiva razón de estado entre los nómadas. Esas limitaciones no en todas partes aparecen tan claras como en el oasis libio de Farafrah en donde, según Rohlf, el número de varones nunca puede exceder de 80 porque así lo dispuso al morir su jeque Mursuk, á quien los indígenas consideran como el primer habitante de Farafrah.» Con el nombre de varones se designa á los hombres adultos de los que, según Caillaud, había 75 en 1820 al paso que Rohlf cuenta 80: en su consecuencia y teniendo en cuenta que por cada hombre hubiera un anciano, una mujer y un niño, obtiéndose una población total de 320 habitantes, lo cual para un terreno de labor de 3 kilómetros cuadrados supone una densidad triple de la que vemos en los demás oasis del desierto libio. Ya se comprenderá que en los distritos pequeños aumenta el aspecto de la proporción ó desproporción entre el suelo y la cifra de población. Entre los emigrantes que se establecen en vastos territorios, la pobreza de recursos constituye también una barrera de cuya existencia parecen ser prueba el escaso

número de niños en las tribus turcas y la rápida decadencia numérica de los mogoles. La facilidad con que ha adquirido carta de naturaleza entre los nómadas budhistas el celibato, podría ser otro argumento en pro de la tesis indicada.

En cuanto á si todos estos pueblos disminuyeron en número de individuos desde que les fué imposible el robo, dentro del cual iba comprendido el rapto de seres humanos realizado en gran escala (Jengiskán se llevó consigo 100.000 prisioneros), es esta una cuestión que puede plantearse sin ningún reparo. La disminución de población que vemos en Tibet la encontramos también en la Mogolia y en una parte, por lo menos, del territorio turco. A los mogoles se les suponen 500.000 jurtes de 4 á 5 individuos



Doctor del Cairo. (De una fotografía de Ricardo Buchta.)

cada uno, siendo tenida por muy exagerada la cifra de 4 á 5 millones que les atribuyen los chinos. A fines del siglo decimoséptimo contábanse todavía 284.000 jinetes mogoles; en la actualidad todos los hombres aptos para el servicio de las armas no pasan de 290.000, cuando en los pasados siglos sólo el Norte de la Mogolia proporcionaba medio millón de guerreros. El padre Jacinto cree que las causas de esta disminución son: el haber cesado la corriente de emigrantes de Siberia y el secuestro de prisioneros, y el haberse cubierto de arena una gran parte del territorio de Ordos, que de 100.000 habitantes que contaba antiguamente sólo tiene 40.000. También se cree que ha ejercido gran influencia en esto el lamaísmo que hace que un individuo por lo menos de cada familia ingrese en la vida monástica y al cual ha concedido el gobierno muy prudentemente todo su apoyo. Como causas de la lenta pero constante disminución de los turcomanos, que desde hace mucho tiempo se viene indicando, señala Conolly únicamente, quizás con no mucho acierto, el riguroso clima, lo inmundo de las viviendas y la falta absoluta de auxilios médicos



en casos de enfermedad, causas que por un igual podrían aplicarse á todos los pueblos pastores. Es indudable que las incansables guerras que entre sí sostienen los turcomanos contribuyen en alto grado á un descenso de población.

La variación mecánica y rápida de las cifras de población es, independientemente de sus movimientos internos, un factor poderoso en la historia de los pueblos del interior de Asia y de sus vecinos. Sobre este particular tenemos noticias muy fidedignas de recientes tiempos. Los tekiznes de Merw habían aumentado considerablemente antes de que les sojuzgaran los rusos: contaban entonces 50.000 *kibitkes* ó sean 250.000 almas según el cálculo común, y en 1830 sólo se habla de 10.000 *kibitkes*; á partir de esta época obligaron á unirseles á 2.000 familias salyris agregándoseles, además, un gran número de turcomanos de Achal. Por esta razón los rusos, á pesar de su mucha experiencia, no previeron toda la fuerza de resistencia que á sus ataques opusieron los tekiznes de Merw. Otro capítulo de la historia rusoasiática nos ofrece un ejemplo de una repentina disminución: nos referimos al del país de Ili. Cuando los chinos, á mediados del pasado siglo, conquistaron este país encontráronlo poco menos que despoblado, pues los *kalmukos* de la llanura se habían retirado á las montañas fronterizas. En vista de ello procedieron los chinos con gran energía á la colonización de la que resultó al poco tiempo una mezcolanza de hombres como en pocos lugares se encuentra. Las fortalezas Kuldcha y Bajandai fueron guarnecidas por manchúes y otras cinco por chinos y del Turquestán oriental (Kaschgar, Yarkand, Turfán, etc.) vinieron á establecerse en estas comarcas 6.000 familias agricultoras tártaras que en 1834 habían aumentado hasta 8.000, y que tomaron el nombre de *tarantches*: trajéronse luego de la Manchuria septentrional 8.000 familias de chibeos y solones (tunguses) que formaron una línea fronteriza militar bajo el mando supremo de un jefe manchú. Además fueron allí desterrados una multitud de criminales chinos, entre los cuales figuraban la mayor parte de los dunganes, ó chinos mahometanos de las provincias orientales y septentrionales, que tan peligrosos se hicieron más adelante. A la misma clase pertenece, por último, el elemento más despreciado de esta abigarrada población, los champanes, desterrados procedentes del Sud de China que se visten como los chinos, pero cuyo dialecto es ininteligible para éstos. Funcionarios, soldados, mercaderes y mendigos completan el más abigarrado de los cuadros etnográficos. En 1865 fueron asesinados por segunda vez en el espacio de cien años — prescindiendo de pequeñas sublevaciones de las cuales, sin embargo, fué muy sangrienta la de 1827 — millares de chinos, así pacíficos como militares: á esta rebelión de los dunganes siguió otra de los *tarantches*, en 1871, á consecuencia de la cual fueron pasados á cuchillo en una noche en Kuldcha y en sus alrededores 2.000 de los primeros. Los rusos extrajeron de una sola acequia próxima á Kuldcha 500 cadáveres y encontraron completamente destruidas todas las aldeas de los chibeos y de los solones. Si se compara la cifra de la población que aquí encontraron los rusos en 1871 con la que calculó Radloff en 1862, se verá que había disminuído en nueve décimas partes. A iguales variaciones ha estado sometido el Turquestán oriental en las últimas décadas. Terminado el derramamiento de sangre que es inevitable consecuencia de la guerra de conquista y reemplazadas las bajas en la población con la inmigración de colonos militares, todo el territorio comprendido entre Ili y Jarkanda y entre Chokanda y Turfán y Urumtsi, alcanzó nuevo florecimiento y sus manantiales de riqueza adquirieron gran desarrollo durante un largo

período de paz volviendo á abrirse las vías mercantiles desde hacía algunos siglos abandonadas. Debilitada China por las luchas intestinas y por las guerras con los europeos, estalló á principios de 1860 la rebelión en la que fueron asesinados en masa los colonos chinos siendo únicamente perdonados los que abrazaron el islamismo, se vistieron á la tártara y se cortaron la trenza símbolo de su antigua nacionalidad. Los más de estos chinos fueron conducidos á las capitales para poder ser mejor vigilados siendo destinados con el nombre de *yangis* á los más humildes servicios. Bellew encontró en 1874 numerosos y harapientos grupos de ellos en las puertas de Jarkanda imitando á los mendigos chinos que suelen situarse en las puertas de las ciudades y que ganan mezquinos jornales prestando pequeños servicios á los viajeros y porteros. Había, sin embargo, algunas industrias en las que confirmaban aquéllos sus aptitudes artísticas y de las cuales habían conservado el monopolio que, gracias á su habilidad, habían conseguido. A mediados de 1870 comenzó la reconquista que trajo consigo nuevas matanzas; los dunganes huyeron como desbordado torrente ante los ataques del ejército chino, y aun se dice que vendieron por poco precio á sus hijos para salvarles de una muerte cierta y para poder ellos huir más rápidamente. Cuando en junio de 1880 Ney Elías y Godwin Austen abandonaron la India y emprendieron el viaje á Jarkanda, encontraron aldeas enteramente inhabitadas y otros muchos indicios de empobrecimiento. Las requisas de los chinos pesaban gravemente sobre la población, pues las guarniciones chinas eran, según descripción de aquéllos, hordas indisciplinadas y mal armadas; así es que los habitantes de aquellos territorios empezaron á emigrar á la India huyendo de la miseria que les oprimía.

Los desiertos y las estepas no son inaccesibles á los individuos aislados: el comerciante, el mensajero y el bandido cruzan el desierto en veloces caballos ó en camellos, animales resistentes que los conducen rápidamente de manantial en manantial; pero este tráfico es difícil y los caminos que atraviesan la árida llanura son en muy corto número, sin contar con que determinados lugares constituyen un obstáculo que el hombre ni por pienso puede vencer: como tales podemos citar el terreno arenoso que se extiende entre el desierto libio y la parte del Sahara que corta el camino comercial de Trípoli á Mursuk, y la estepa de Tarim que hasta hace muy pocos años no pudieron atravesar algunos atrevidos viajeros. Algunos pozos artificiales pueden hacer habitable el desierto, pero la población que en él reside estará siempre muy diseminada y raras veces ofrecerá un carácter de fijeza. El gobierno ruso hizo construir en el gran desierto salino del Manytch, entre Kamychin y el lago Elton, varias casas y abrir pozos en una distancia de 25 á 30 verstas, gracias á lo cual se abrió un camino por el que transitan anualmente 10.000 bueyes cargados de sal. También habitan allí algunos hombres en viviendas estables, pero en cuanto se agote la sal del lago Elton volverá aquello á ser tan desierto como antes. Con este movimiento pausado y circunspecto contrastan las expediciones de los nómadas con sus hordas, familias y esclavos, aquellas expediciones de las grandes hordas nómadas que con terrible violencia vomitó en distintos tiempos el Asia central especialmente sobre sus territorios vecinos. Los nómadas de esta región y también los de Arabia y del Norte de Africa unen á la movilidad que su sistema de vida trae consigo, y que tanto aumenta la posesión del caballo y del camello, una organización que junta todas sus masas para un objeto común, pues precisamente el nomadismo se distingue por la facilidad con que de la cohesión

patriarcal de tribus, á la cual es más propicio que cualquiera otra forma de existencia, surgen despóticos poderes de fuerza extraordinaria. De aquí nacen grandes movimientos en masa que son á los otros movimientos de la humanidad lo que la henchida corriente de un río al constante aunque fraccionado murmullo de las venas de agua subterráneas. Su importancia histórica se deduce tan claramente de la historia de China, India y Persia como de la de Europa. Del mismo modo que vagaban por sus praderas seguidos de sus mujeres, niños, carros, tiendas, rebaños y todo lo demás que poseían, penetraban en los territorios vecinos y la pérdida de rapidez que ese séquito significaba compensábase por la mayor fuerza con que las masas empujaban á los aterrizados indígenas y se extendían por los países conquistados saqueándolo y consumiéndolo todo. Esta manera nómada de emigrar, por lo mismo que facilitaba el establecimiento de esas hordas, dábles una gran importancia etnográfica de la que podemos convencernos con sólo recordar el establecimiento de los magiares en Hungría, el de los manchúes en China y el de los pueblos turcos desde Persia hasta el Adriático.

Los pastores han aprendido esta movilidad en sus estepas, en donde, bien que dentro de determinados límites, se trasladan de un sitio de pastos á otro, según la estación del año, llevándose consigo sus rebaños, sus familias y siervos y cuanto constituye su patrimonio. Este ir de acá para allá pudo repetirse dentro del círculo en que, siguiendo antigua costumbre, venían moviéndose varias generaciones hasta que de repente la tradicional emigración emprendió nuevos derroteros: por lo que toca á la causa que produjo este cambio sólo podemos consignar que las más hermosas comarcas de un determinado territorio se han visto á menudo violentamente invadidas. Tal aconteció en las negras estepas del Sud de Rusia con los nómadas de las estepas salinosas situadas mucho más al Este; tal en las fértiles llanuras de China con los habitantes de las secas y agrestes regiones del interior de Asia; tal en la India con los arios y turanos del Oeste; tal en los hermosos campos de Grecia y de Italia con los bárbaros del Norte de origen galo, germánico ó eslavo. Con mucha frecuencia un lugar famoso por sus riquezas ha sido un «cebo geográfico», siendo de notar que en los grandes territorios nómadas del antiguo mundo siempre los sitios de peregrinación como Meca, Lassa y Urga han sido los objetivos de grandes y constantes emigraciones de gran influencia histórica.

La traslación semivoluntaria ó violenta de tribus enteras es otra forma especial y muy importante de la emigración nómada. Hace 40 años que los tekiznes de Merw todavía habitaban en el Herirud, pero cuando los persas los arrojaron de allí para acabar con sus constantes incursiones de rapiña, su centro de gravedad se trasladó á Sarachs, de donde huyeron también en 1850 lanzándose sobre los entonces débiles sarykis de Merw á quienes expulsaron, destruyeron ó absorbieron y en cuya residencia se establecieron definitivamente. Es probable que ya anteriormente hubiesen residido los tekiznes en Merw. Los persas no pudieron alcanzarles en sus nuevos territorios, conservando aquéllos su independencia y quedando impunes sus numerosos robos hasta la campaña que en el invierno de 1881 emprendieron los rusos. Varias veces había presenciado Merw esas variaciones: cuando todavía era persa vió trasladada á fines del siglo pasado toda su población á Bochara y los sarykis que en ella se establecieron en seguida habían sido ya arrojados de sus antiguas residencias por los tekiznes, los cuales, á su vez, engrosaron á principios

de 1870 con el contingente de los salyris de Sur-Abadú á quienes obligaron á trasladarse á Merw.

Las traslaciones forzadas son un poderoso instrumento de los gobernantes de las fronteras de las estepas que el gobierno ruso sabe utilizar. También China intentó antiguamente encadenar á una parte de los kara-kalpakos al suelo de las islas del Aral y más tarde al delta del Amur. Un solo ejemplo bastará para demostrar hasta qué punto las traslaciones y las colonizaciones forzadas han contribuído, aun en época reciente, á fomentar las tendencias al movimiento y á la confusión propias de este género de vida. Con la devolución de Kuldcha á China (1881) comprendieron los rusos la necesidad de fortificar las fronteras nuevas y poco defendidas que entonces habían de sustituir á las montañas que antes constituían los límites de sus dominios en esta parte. El «Diario de Turquestán» escribió en aquella ocasión: «En puntos fronterizos tales como Borochudzir, Bachtu, Muzart y Naryn hácese preciso para aumentar su importancia militar y para proporcionar algunas ventajas económicas á los habitantes de las fortificaciones establecer una colonia de algunos centenares de cosacos y de algunas familias de labradores que pueden traerse de Siberia y del territorio de Oremburgo y distribuirse por los diferentes puntos. Además de la construcción de una nueva fortaleza en el camino recto que desde el valle del alto Ili penetra en el territorio de Semiretschinsk y además de reforzar los citados puntos, es necesario aumentar las guarniciones y el ejército de cosacos allí destacado que hasta ahora no ha constado más que de dos regimientos. La memoria estima en 800 el número de familias que allí han de ser trasladadas.» Durante el año 1881 el gobierno hizo examinar todas las tierras de esta región fronteriza propias para la agricultura que se sabía ya que eran pocas en número y que consistían generalmente en estrechas fajas de territorio situadas al pie de las cordilleras y en las corrientes de los ríos. A consecuencia de la información que se abrió, eligiéronse 53 puntos como residencias para grupos de familias más ó menos numerosos y además 40 estaciones postales para 5 á 10 familias cada una emplazadas en los caminos principales y en los secundarios. Inmediatamente se eligió de entre los destacamentos de cosacos y las colonias agrícolas de Siberia y de Oremburgo, el número de familias que se necesitaba, las cuales hubieron de trasladarse á sus nuevas residencias distantes 2000 verstas de las que abandonaban. La traslación se verificó del modo siguiente, á fin de que cuanto antes los emigrantes pusieran manos á la obra: caminaron éstos durante todo el verano, invernaron en los sitios ya habitados cercanos á sus futuras residencias y al año siguiente empezaron á construir sus casas y á roturar sus nuevas tierras. En virtud de la nueva organización no se concedieron 30 desjatines de tierra á cada individuo de una familia sino á cada varón, quedando en reserva una tercera parte del terreno con más 300 desjatines que como tierras de la iglesia se habían previamente separado. Así nació en pocos años en aquel país poco antes devastado por los dunganes y explotado por los chinos una población europeo-asiática de muchos millares de almas á cuyas residencias se fueron agregando en proporción cada vez mayor los *kibitkes* de los nómadas atraídos por la idea de la seguridad de que allí se gozaba. Dentro de algunos años podrá verse en esas comarcas una mezcla de cultura y de nomadismo como la que nos describe Mad. de Ujfalvy hablando en 1878 de los alrededores de la antigua Kopán convertida ya entonces en pequeña ciudad: «Rodeadas de árboles que ostentan todas las bellezas del otoño, contribuyen las aldeas en alto grado á atenuar en parte la triste